

na mas amada, es la mas dulce de todas las armonías (1). ¿No decía el rey Asuero á su jóven esposa Esther: *Aun cuando me pidierais la mitad de mi reino os lo daría?* Pues cuando querais obtener de Jesús la salvación de vuestros hermanos, suplicad, conjurad, y aún exigid, pues que en cualidad de esposa teneis derecho para ello, y dais en éllo gusto al celestial Amigo de las almas, haciendo violencia á su Corazón para procurar la salvación de vuestros hermanos. Así lo habia comprendido Santa Catalina de Sena cuando se atrevia á decir á Jesucristo: *Señor no me quitaré de vuestra presencia hasta que os digneis hacer lo que yo quiero. Quiero que me prometais la vida eterna para todos aquellos en quienes ahora pienso* (2). Pues pedid como ella, y como ella sereis escuchada.

Mas no se limitan aquí vuestros deberes del año nuevo, Ya que le habeis pedido á Jesús los aguiñaldos, menester es darle los suyos en persona de los pobres, pues que *Jesucristo mira como hecho á su propia persona lo que se hace con el menor de los suyos;* y así no dejéis de ir nunca el primero de Enero á visitar las familias de vuestros pobres y llevar una limosna á los padres y algun

(1) P. de Ligny. *Vida de Jesucristo*, c. VIII, p. 72, t. 1.

(2) *Vida de Santa Catalina de Sena*. Condesa de Flavigny. p. 54 y 70.

regalito á los niños. ¡Es tan poco lo que cuesta el haceros felices! Un simple juguete de unos cuantos centavos bastará para dejar contentos á vuestros queridos pequeñuelos. Encamináos á la pobre chosa á hacer feliz á Jesús en persona de sus miembros pacientes, y apenas os verán entrar á su estrecha morada, cuando todos los semblantes se alegrarán, llenándose de regocijo al miraros, y verdaderamente sereis la bienvenida. Los pobres niños corren al encuentro de la buena señorita; les distribuís á cada uno su regalito, y entonces todos sonrien llenos de alegría; mas estad segura que estas sonrisas de los pobres volvereis á mirarlas algun día allá en el cielo, en los labios divinos de Jesucristo.

CAPITULO XV

La Iglesia como modelo perfecto de una esposa de Jesucristo.

Cuando el ministro de Dios bendice á los esposos, enseñándoles sus mutuos deberes, les dirige estas palabras: *Esposo, amad á vuestra esposa como Cristo ama á la Iglesia, y vos esposa, amad á vuestro esposo como la Iglesia ama á Cristo.* (1)

Virgen cristiana, á vos toca principalmente recoger estas palabras; pues teniendo el mismo Es-

(1) San Pablo.

poso que la Iglesia, debeis amarle tanto como ella. Considerad el culto tan admirable con que honra á su divino Esposo y de qué manera le prueba su amor, pues ella es la esposa tipo, y el perfecto modelo de una esposa de Jesucristo.

I.

SIMPATÍA DE LA IGLESIA PARA CON JESUCRISTO SU ESPOSO.

Mirad qué tierna simpatía manifiesta la Iglesia á su Esposo celestial, y cuán gran parte toma en cuanto le interesa, pues todos los sucesos de la vida de Jesucristo, le son queridos, y cada año celebra estos aniversarios con amor admirable.

¡Llega la *Natividad!* Mirad con qué ardor va á festejar la tierna Esposa el nacimiento de su Amado: en cada templo católico ha preparado ya por manos piadosas un pesebre, una cuna para el Niño Dios, sencillo memorial del establo de Bethlém. Y cuando llega esta noche bendita, invita á todos sus hijos á venir á participar de su alegría. *Acudid pueblo fiel en el gozo y el júbilo! Venid, venid á Bethlém. Mirad al recién nacido! Es el Rey de los ángeles! Venid, adoremos al Señor!!!*
(1) Y á la voz de la esposa, acuden sus hijos á pesar de las tinieblas de la noche, los templos san-

(1) *Adeste, fideles*, himno.

tos se iluminan con mil luces, los fieles entran en multitud, y entonan cánticos de alegría inclinándose en adoración y con amor.

Semana santa.—Mas apenas han transcurrido unas cuantas semanas y ya la Iglesia suspende himnos de alegría porque se aproxima el aniversario de la muerte de Jesucristo. La semana santa despierta en el corazón de esta Esposa los mas dolorosos recuerdos. En otro tiempo su celestial Esposo fué preso en un huerto solitario, arrastrado como un criminal delante de los tribunales, azotado con varas, abrumado de injurias y después clavado en un patíbulo infame, donde espiró en medio de dos ladrones. Y la esposa se siente penetrada de dolor al pensamiento de tales ultrajes y por eso cuando llega esta triste semana, su pena es tan profunda, que no tiene valor de llamar á sus hijos con la voz de las campanas, pues los grandes dolores son mudos, sino que abre tristemente sus tabernáculos para mostrar á sus hijos que el que mora allí ha desaparecido (1). Despoja las iglesias y los altares de sus ornamentos, como una viuda desolada en el día de su duelo arroja léjos sus adornos porque ya no quiere gozar ninguna alegría sobre la tierra. Y en todo el mundo católico se llenan los templos de fieles, conmovidos y silenciosos, y solo los jóvenes levitas repiten tristemente las lúgubres lamentaciones del profeta Jeremias.

(1) Costumbres de Francia. (7.)

Pascua.—Mas hé aquí que á las lágrimas de la Iglesia va á suceder la alegría. Desde el amanecer del tercero día acude al sepulcro: ¡Oh qué felicidad y qué triunfo! la piedra está derribada y el sepulcro abierto! Jesús, su Esposo, ha resucitado! ¡Quién podrá cantar los inefables goces de la Esposa? Desde la aurora nos canta su felicidad con la voz de las campanas que hacen oír sus mas alegres repiques. Ved como se reviste en persona de sus ministros y de sus hijos con los mas ricos trajes de fiesta; adorna sus templos con espléndidos ornamentos, porque su amado reside allí de nuevo. Ha vuelto á encontrar á su Emanuel, y no pudiendo contener mas sus transportes llama á sus hijos para compartirlos con ellos: ¡Oh hijos é hijas mías, alegraos! Jesucristo mi Esposo ha resucitado! Alleluia! Alleluia! Alleluia!!! (1). Este es un grito de júbilo; Alleluia, repite otra vez y no puede cansarse de repetirlo. Está poseida como de una santa locura de alegría, como de una piadosa embriaguez de amor. Alleluia! Alleluia!

Vos, oh virgen cristiana, á ejemplo de la iglesia, debeis manifestar á vuestro Esposo celestial la mas viva simpatía, celebrando con ferviente devoción cada fiesta del año litúrgico. Ya que el mundo convierte los días de fiesta en otros tantos días de placeres, de excursiones y entretenimientos, vos por lo menos guardad los días de

(1) M. Bougaud. *La Iglesia*, p. 534.

oración, de recogimiento, de limosnas y de santas obras.

II.

DEL CELO DE LA IGLESIA POR GANAR
LOS CORAZONES Á JESUCRISTO Y EXTENDER SU
REINO POR TODAS PARTES.

Cuando se ama, quisiéramos llenar el mundo con la gloria de aquel á quien amamos (1); y siendo este uno de los sueños del amor, admirad cómo ha sabido realizarlo la iglesia que ama tanto al Salvador.

Apenas han transcurrido diez días después de la Ascensión de su muy Amado Esposo, cuando habla ya por boca de San Pedro, y gana muchos millares de almas para Jesucristo: mas no bastando á su celo la ciudad de Jerusalén, recorre todo el mundo, en persona de los Apóstoles, para difundir por todas partes la doctrina de su Esposo celestial. Otros apóstoles les suceden y continúan la evangelización de la tierra: vánse lejos de su país, lejos de las personas queridas, resueltos á vivir bajo un clima ardoroso, ó en medio de eternos hielos, muchas veces sin alimento, sin habitación y temiendo ser perseguidos: trabajan con

(1) Monsieur Bougaud.—*La Iglesia*, pág. 514.

ardor infatigable, no teniendo otra expectativa aquí en el mundo que la prisión y el martirio. Y cuando caen en el campo del honor, luego acuden otros llenos de alegría á ocupar el puesto vacío.

Así como en una hermosa mañana de primavera vese á las abejas salir en multitud de su colmena, dispersarse por la campiña, y detenerse de flor en flor para recoger su contenido y transformarlo en dulce miel, así el enjambre infatigable de apóstoles que ha dejado su colmena querida y se ha dispersado por el mundo, vase deteniendo cada día de playa en playa y de pueblo en pueblo, para recoger las almas y transformarlas en escogidos.

Pues á su ejemplo, virgen cristiana, procurad conquistar las almas para Jesucristo, y estender mas y mas su reino á vuestro al derredor. En vuestra modesta esfera, debeis ser también misiонера del buen Dios: vuestra familia, vuestra parroquia, serán vuestro pequeño *Tong-King*, es decir, el campo donde debe ejercitarse vuestro celo. Vuestros parientes y amigos, y los pobres á quienes visitais, son el amado pueblo á quien tenéis que evangelizar, y quizá que convertir, ó por lo menos edificar, llevar al bien y santificar mas y mas. Sed un verdadero apóstol, y trabajad con celo por la gloria de vuestro Esposo.

III.

CUIDADO Y CELO DE LA IGLESIA POR DEFENDER

LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO Y LA VERDAD DE SU DOCTRINA.

Con qué entusiasmo ha combatido la Iglesia por el honor del nombre de Dios, por la integridad de su doctrina y la santidad de su ley! Todo lo ha sacrificado por El; su descanso, sus riquezas y hasta la vida de sus hijos; pues así como tiene la fecundidad de la esposa, tiene también su indomable fortaleza. ¿Quién ha tocado á Jesucristo sin verla saltar á la brecha? (1)

¡Ay! muchas veces ha tenido el dolor de oír que sus hijos insultan á su Amado Esposo y atacan su doctrina; mas apenas se ha levantado la voz de los herejes, cuando llena de emoción llama á sus Obispos alderredor de su Jefe, los reune en Concilio, y con imponente solemnidad, condena el error, publica con mas fuerza la verdad atacada, y repara el insulto hecho á su Esposo celestial. Es tal su amorosa indignación, que olvida su título de madre para no pensar sino en el de esposa. Y se la ha visto, *ella que ama tan tiernamen-*

(1) M. el Abate Bougaud. *La Iglesia*, c. XII.

te á las almas, que las ama con pasión, que las ama más que ninguna madre ama á sus hijos, y que sacrificaría cien mil mundos antes que tocar á una sola alma (1), se la ha visto excomulgar á sus hijos herejes, arrojándolos con horror de su seno maternal, y rehusar abrirles su corazón y sus brazos, hasta que hayan retractado sus errores, deplorado sus faltas y hecho reparación de honor á Jesucristo.

Doncella cristiana, vos, así como la Iglesia, tenéis un tesoro que guardar y defender, y es vuestra virginidad. Mas este tesoro es tan frágil, como precioso; una nada puede disiparlo, y su pérdida es irreparable, *pues ni Dios, que todo lo puede, podría devolveros este tesoro perdido: y así en lugar de sentir orgullo, por él, debéis tener temor porque caminando cargada de oro teneis que desconfiar de los ladrones* (2). Conservad este tesoro á cualquier precio, y si es preciso, alguna vez, sacrificad vuestros bienes, vuestro descanso y aun vuestra misma vida; mas en cuanto á la virginidad, no la sacrificéis jamás.

(1) M. el Abate Bougaud. *La Iglesia*, c. XII.

(2) San Gerónimo, *carta á Eustoquio*.

IV.

GENEROSIDAD DE LA IGLESIA EN DERRAMAR
SU SANGRE POR JESUCRISTO.

No hay mayor prueba de amor que el dar su vida por el amado (1). La Iglesia ha dado constantemente esta prueba de amor á su Esposo celestial. Jesucristo ha derramado su sangre por la Iglesia, y la Iglesia derramará la suya por Jesucristo, habiendo como una lucha de amor entre el Esposo y la esposa, pues desde el Gólgota, la sangre de Jesucristo no ha cesado de correr por la Iglesia sobre el altar eucarístico, y desde el martirio de San Esteban, la sangre de la Iglesia no ha cesado tampoco de derramarse por Jesucristo. Como es inmortal y revive en cada uno de sus hijos, su inmolación es inmortal también, y se perpetúa por sus mártires; y en nuestros días, en los países infieles, está corriendo su sangre todavía de las venas de nuestros misioneros y de sus nuevos convertidos.

¡Que no os sea dado, oh virgen cristiana, el volar al martirio y ofrecer este supremo testimonio de amor á vuestro Esposo celestial! Mas por lo menos deseadlo ardientemente en vuestro corazón, y así agradareis á Jesucristo. Sabeis tam-

(1) Joan XV, 13.

bién, que no solo la sangre derramada por la confesión de la fé es la que hace los mártires, pues la vida inmaculada de una alma que sirve á Dios con amor, es también un martirio y martirio de cada día. La corona de aquellos está compuesta de rosas y de violetas, y la de éstos está tejida de azucenas y de lirios. Y por eso dice el Cántico de los cánticos: «Mi amado es blanco y rubicundo,» atribuyendo de este modo á los que son vencedores en el tiempo de paz, las mismas recompensas que á los que lo son en tiempo de guerra (1). No hay duda que es cosa mas grande vivir en la castidad que el sufrir la muerte por ella. (2)

V.

DOLOR DE LA IGLESIA EN LA AUSENCIA DE
JESUCRISTO.

La Iglesia paciente del Purgatorio, privada de su celestial Esposo, gime llena de tristeza lejos de Aquél á quien ama. Allí está la esposa desolada ardiendo en deseos de poseer á su Amado, y aprisionada en ese lugar de sufrimiento. Los sua-

(1) San Gerónimo, car. XXX á Eustoquio, *Elogio de Paula*.

(2) Tertuliano.

ves conciertos del Paraíso llegan á ella como un eco lejano para aumentar el rigor de su martirio. ¿Quién podrá comprender su dolor? *Miserere mei!* Tened piedad de mí murmura en medio de sus lágrimas. ¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante á mi dolor!.... Vivo sola como el pajarillo solitario á la orilla de un tejado. (1)

¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me habeis desamparado? Clamo á vos durante el día y no me respondeis: clamo durante la noche y guardais silencio. Permanecéis inexorable en el santuario donde habitais, vos que sois la gloria de Israel. (2)

Mi corazón está conturbado, me ha desamparado mi fuerza y aún la misma lumbre de mis ojos no está conmigo. (3)

Así debe suspirar vuestro corazón, virgen cristiana, mientras que estais desterrada lejos de Jesucristo. Levantad los ojos hacia ese hermoso cielo que se extiende por encima de vuestra cabeza y viene á ser como la cortina azul que cubre la habitación de vuestro Esposo: esa luna de disco argentado es como un rayo escapado por la hendidura de la pared y reflejando sobre la tierra la claridad del Paraíso; mas allá de esas miriadas de estrellas sembradas en la bóveda celeste, se mueven

(1) Ps. LI, 8.

(2) Ps. XXI.

(3) Ps. XXXVII.

miriadas de ángeles y de santos, que gozan en presencia de vuestro Amado de delicias indecibles. Ellos gozan:

En tanto que nosotros desgraciados
Gemimos como esclavos desterrados:
Del Eufrates sentados á la orilla,
El dolor nos abate y nos humilla.
¿Cómo viviendo en medio á los malvados
Y de impíos rodeados,
Cómo poder cantar oh Sión triunfante!
Con dulce voz y pecho resonante
Tus glorias y tus goces tan preciados?
Ah! callemos mejor!..... que nuestras liras
Flojas sus cuerdas, roncás, destempladas,
En los lúgubres sauces sean colgadas!

.....
Cuán triste es el destierro! oh y cuán largo!
Cuán pesado y amargo!

Cuando en Salén pensamos

Y en la eterna ventura que esperamos!

¿Oh y cuando iré á beber la linfa pura
Que hace olvidar del mundo la amargura?

¿Y cuándo, ay! gustaré la paz divina
Que el mortal no imagina?

¿Cuándo veré lucir el día esplendente
En que el sol nunca llega al occidente?.... (1)

Cuando leemos las vidas de las vírgenes, vemos que estaban abrasadas de los santos deseos del

(1) Imitación de Racine, citado por la autora.

cielo. Santa Rosa de Viterbo languidece en la tierra y suspira por los abrazos de su divino Esposo (1).—Santa Teresa se estremece de gozo al oír sonar el reloj, porque piensa que tiene una hora menos que vivir antes de ir á ver á Dios (2). La venerable Teresa de San Agustín exclamaba arrebatada en el día de su muerte: "¡Oh esposo mío! con que ha llegado por fin el momento feliz! ¡Oh y qué dulce es para mí el sacrificaros mi vida! Vamos, levantémonos, apresurémonos á ir al paraíso!" (3)

Y vos también vírgen de Cristo ¿no suspirais porque llegue la hora de la libertad? No decís con el salmista: *¡Ay de mí! que se ha prolongado mi destierro. Habitado he con los moradores de Cedar! ¡Ah! quién me diera alas de paloma é iré y volveré al lugar del eterno descanso!.....* (4) Bueno es que deseéis con ardor el poder reuniros con vuestro amado Esposo, y estos santos deseos del cielo alegran su Divino Corazón; mas sin embargo, hay otra cosa aun mas meritoria para vos, y mas agradable á vuestro divino Esposo; y és, el resignaros á seguir viviendo para hacer su santa voluntad, y consentir de todo corazón en permanecer en este destierro todo el tiempo que sea de

(1) *Vida de los Santos*. Abate Darras.

(2) Santa Teresa. *Su vida*.

(3) *Vida de los Santos*. Abate Darras.

(4) Ps. c. XIX, 5.